

BILL BARNES. Las alas de la muerte

George L. Eaton

CAPÍTULO I

-¡Maldita sea mi estampa!-exclamó Shorty Hassfurth-. Es la cosa más extraña que he oído.

Hallábanse en la sala de mandos del campo de aviación de Long Island, de Bill Barnes, que ya empezaba a ser conocido internacionalmente. Red Gleason levantó los ojos con expresión irónica, aunque tenía un genio muy vivo. Todos querían a Shorty, quien a la sazón leía un periódico de la mañana.

-¡Es extrañísimo!-anunció-. Esta es la segunda vez que alguien ha bombardeado una de las capitales de la América del Sur.

-¿Y qué hay de extraño en eso?-preguntó perezosamente Cy Hawkins-. Esos americanos del Sur tienen la sangre muy caliente y siempre se hacen la guerra.

-Sí, tienen una gran predilección por las actividades explosivas-observó Beverly Bates.

-Bueno, ¿y qué hay de extraño en ese bombardeo?-preguntó Red Gleason, volviéndose hacia Shorty.

Este frunció el ceño mientras leía.

-Aquí dice, que la cosa ocurrió una tarde despejada en la ciudad de Valverde. Estaba reunido el Congreso cuando apareció algo en el cielo, cayó sobre el edificio y mató a una docena de diputados. No había un solo aeroplano por allí. Y lo más raro-añadió Shorty-, es que en el cielo sólo se veía uno de esos pajarracos enormes, a los que creo tienen el nombre de cóndores. Parecía flotar en el aire cuando, de pronto, se dirigió rápidamente contra el edificio del Congreso y en el acto resonó una enorme explosión.

-Alguna coincidencia-observó Beverly Bates.

-No creo en esas coincidencias, porque hace pocos días ocurrió lo mismo, en otra capital suramericana, situada a cierta distancia, llamada Sierra Roja, que es la capital de una de esas repúblicas. Aquella vez la explosión se originó en la cúpula del palacio del presidente. Tampoco había nada a la vista, ningún aeroplano de bombardeo ni otra cosa parecida. Nada más que uno de esos cóndores, que planeaba por allí. De pronto el pajarraco se arrojó contra el palacio del presidente y entonces se oyó la explosión. ¿Qué os parece eso?

Sus compañeros lo miraron indecisos.

Scotty Mac Closkey, el diminuto escocés, se rascó la oreja, muy apurado.

A pesar de sus grandes conocimientos acerca de los aparatos aéreos, y de todo lo que se refería a la aviación o a la aerostación, no podía comprender aquello.

-No he entendido muy bien lo que acabas de decir-exclamó.

Beverly Bates tomó el periódico y leyó el relato.

Los compañeros estaban discutiendo aquel asunto cuando se abrió la puerta para dar paso a la alta y rubia figura de Bill Barnes. Este tenía tal autoridad en su parte y en sus maneras, que naturalmente, se destacaba de entre sus compañeros, pero pocas personas, al verlo por vez primera, se habrían imaginado que aquel joven alto y de ojos azules, a pesar de su ninguna jactancia, era el mejor aviador del mundo, que detentaba un sinnúmero de records, que había ganado en un concurso de vuelo alrededor del mundo y que además era un ingeniero de aviación tan notable, que estaba revolucionando todo el arte del vuelo.

Aquel enorme campo de aviación de Long Island era suyo y aquellos hombres sus leales subordinados, dispuestos a ir al fin del mundo por él y a luchar con toda su alma en cuanto él se lo ordenase.

Sus primeras luchas para poseer aquel campo de aviación habían alcanzado el éxito. Gracias al rápido y tumultuoso viaje a la lejana Alaska y a su participación, en el tesoro del antiguo volcán, pudieron aquellos aviadores independizarse y tener la seguridad de no sufrir apuros económicos.

Sin embargo, la inacción empezaba a molestarles. La rutina de llevar a cabo los vuelos diarios empezaba ya a aburrirles y todos ansiaban alguna aventura.

Por consiguiente, miraron esperanzados a su jefe y en dirección a la carta que sostenía en la mano.

-Aquí tenemos una oferta de trabajo-anunció Bill Barnes. Sus compañeros miraron. Expectantes-. De todos modos es algo raro-continuó el joven, dirigiendo una mirada al papel que tenía en la mano-. Hay en eso algo muy misterioso-desplegó la carta mientras la releía, frunció el ceño.

-¿Dónde quieren que vayamos?-preguntó Cy Hawkins.

-A la América del Sur. A una ciudad llamada Valverde.

Todos se miraron mutuamente. ¡Valverde! Precisamente la misma ciudad en que ocurrió aquel extraño bombardeo. Pero aguardaron las siguientes palabras del jefe.

-Sí-continuó el joven-, esta carta procede de un grupo bancario que tiene grandes capitales invertidos en esa república suramericana y parece que algún peligro amenaza a esos capitales, aunque no lo explican en la carta. Sea como fuere, desean que vayamos allí todos nosotros para luchar contra alguien, aunque ignoro con quien.

El grupo de aviadores parecía estar muy interesado. Red Gleason se puso en pie, como dispuesto a partir. Y aun el lento Cy Hawkins, sin abandonar su asiento, se inclinó hacia delante.

-Tengo ganas de luchar contra alguien, en cualquier lugar y tiempo, siempre que sea cosa de moverse-dijo en tono perezoso.

-Sí, estamos demasiado tranquilos-observó Bill Barnes, pensativo, mientras se golpeaba los dientes con un lápiz-. Precisamente estaba tratando de recordar si conocía alguien por allí.

-Sí, conoce usted a un muchacho-le recordó Scotty Mac Closkey-. ¿Se acuerda usted de aquel joven en Valverde que, al darse cuenta de que había perdido su tren de aterrizaje, se elevó en el aire y dando vueltas en torno de su aparato le avisó de lo ocurrido?

-¡Ah, sí!-exclamó Bill Barnes, mientras se iluminaba su rostro-. Casi había olvidado aquellos <bolos>. ¿Cómo se llamaba aquel muchacho? Emelio de la Fuente. Sí, era una persona decente. Creo que su padre ocupaba, un alto cargo en el gobierno de su país, pero han pasado ya dos o tres años -Bill Barnes volvió a mirar pensativo la carta-. Quisiera saber de qué se trata-murmuró.

Luego, como decidiéndose de pronto, se dirigió al teléfono y pidió comunicación con Nueva York. Un momento después sus compañeros le oyeron decir:

-Sí, he recibido su carta... no entiendo claramente lo que desean de nosotros ¡Ah, ya veo! ¿South American Developments, Incorporated? -Bill Barnes repitió este nombre-. En alguna parte he oído hablar de esta compañía-observó-. ¿Quién está al frente de ella... ? ¿Dice usted que su presidente es Morgan Catesby...? ¿Sí...? Sí... lo siento, pero eso me obliga a desistir-añadió en tono frío.

Sus oyentes aguzaron el oído al percibir aquel nombre que tantas cosas siniestras y tantas traiciones les recordaba. A todos les pareció volver a ver al financiero que ya una vez intentó contratar, sin resultado, a Bill Barnes y al ver que no lo conseguía, utilizó todos los medios, aun los menos escrupulosos, para arruinar al joven aviador y hacer fracasar su aventura financiera. Y entre los allí reunidos hubo un murmullo de disgusto.

-No. Me es imposible-añadió Bill Barnes con acento severo.-No quiero aceptar ninguna proposición en la que pueda estar interesado Morgan Catesby. Sí. Me permito este lujo-exclamó-. No, es imposible, a cualquier precio y cualesquiera que sean las condiciones... no quiero su dinero, y poco me importa su hostilidad... lo siento... adiós.

Y fue a reunirse con el grupo de sus compañeros.

-Bueno, eso nos obliga a desistir-dijo Shorty con acento de pesar-. Y es una lástima, porque estoy seguro de que por allí ocurren cosas curiosas.

Diciendo esto entregó a Bill Barnes el periódico que refería el misterioso bombardeo. El joven aviador leyó con la mayor atención y luego dijo, como si hablara consigo mismo:

-Sin duda, ocurre allí algo raro. Me gustaría saberlo.

-¿Y por qué no se lo pregunta al joven Emelio de la Fuente?-aconsejó Scotty Mac Closkey.

-¡Buena idea!-exclamó Bill Barnes mientras anotaba algo al extremo de la carta.

-Quizá el hijo de Morgan Catesby tenga algo que ver en la cosa-murmuró Red Gleason-. Se puede tener la seguridad de que en eso hay algo sucio si él ha metido el dedo.

Beverly Bates estaba en pie junto al oído eléctrico. La sensible aguja se movía por la superficie del papel.

-Por ahí cerca anda un avión-exclamó-. Procede del Sur. ¿Esperan ustedes a alguien?- todos menearon negativamente la cabeza y Beverly Bates siguió examinando la aguja indicadora-. Parece que se halla en un apuro -añadió al observar las extrañas oscilaciones del instrumento.

Bill Barnes miró por encima de su hombro.

-No hay duda de que a ese piloto le pasa algo-confirmó-. Salgamos al campo para ver si podemos hacer algo en su ayuda.

Sin replicar palabra, salieron todos. El cielo estaba cubierto y las nubes muy bajas. Todos observaron en silencio al extraño visitante, quienquiera que fuese.

-Ahí está -observó Red Gleason, señalando un punto negro que planeaba descendiendo hacia ellos como hoja caída del árbol-. Y va a aterrizar con cierta violencia.

Permanecieron en silencio mientras observaban el avión que descendía hacia ellos, pues era evidente que el piloto luchaba con alguna dificultad.

Mas parecía que el avión careciese de gobierno, pues su maniobra de aterrizaje era muy torpe y tan pronto se inclinaba hacia un lado como a otro.

De repente se ladeó y mientras, horrorizados, miraban los aviadores, pudieron ver a un aeroplano de cabina abierta, que casi se estrelló contra el suelo al ponerse en contacto con él. Echaron a correr hacia el aparato. De los hangares salieron varios mecánicos. El primero en llegar fue Beverly Bates, que tenía las piernas muy largas.

Por suerte había sido cortado el encendido del motor y así no hubo el subsiguiente incendio que acabara de destruir el destrozado fuselaje.

Beverly Bates se inclinó sobre la inmóvil figura que aparecía rodeada de los restos de la carlinga. Se enderezó muy pálido y sus compañeros lo rodearon.

Y hubo un segundo de doloroso silencio.

El piloto, inclinado hacia delante sobre el asiento, estaba muerto, pero, según pudieron observar todos, no murió a consecuencia del accidente. Todos pudieron notar que por debajo del omoplato izquierdo le asomaba la empuñadura de un cuchillo cuya hoja estaba clavada en su cuerpo.

CAPÍTULO II

CONDENADO A MUERTE

Instintivamente todos examinaron el destrozado aparato en busca de otro ser humano; del que cometió aquél extraño asesinato en pleno aire, pero no sólo no había ninguna huella de otra

persona sino que, como notaron muy pronto, la abierta carlinga de aquel monoplano de caza, sólo tenía un asiento. No había sitio para un pasajero. Bill Barnes estudió el dibujo y la matrícula que se veía en el fuselaje del aparato, mientras parecía muy preocupado.

-¿No es esta la insignia de Rolivia?

Los otros examinaron el emblema y luego se miraron con expresión interrogadora.

-¡La capital de Rolivia es Valverde!-exclamó Bill Barnes.

Pero apenas le oyeron sus compañeros, porque todos estaban muy preocupados por lo que veían. Dudaban de la evidencia de sus sentidos, porque no es muy corriente que a un hombre le den una puñalada cuando está en pleno aire y solo en su aeroplano, y al ver que realmente era así, no hallaban ninguna explicación al caso.

-El oído eléctrico no indicó más que el ruido producido por un sólo aparato -dijo Beverly Bates en voz muy alta y como hablando consigo mismo.

Y todos miraron hacia las bajas nubes, esforzándose en descubrir por qué medio misterioso aquel desconocido piloto había hallado la muerte a poca altura sobre el campo de aterrizaje.

Scotty Mac Closkey observó que el cadáver aun estaba caliente. Con toda seguridad había muerto pocos minutos antes y también Scotty quitó las gafas del aviador y pudo ver a un individuo moreno, de bigote negro y rostro juvenil.

-Me parece que usted conoce a este piloto-dijo, volviéndose a Bill Barnes.

-¡Dios mío!-exclamó éste-.Es precisamente el hombre de quién hablábamos antes. ¡Es el joven Emelio de la Fuente!

Pero eso, en vez de esclarecer el misterio, lo hacía más denso aún. Ninguno de ellos pudo imaginarse qué haría un aeroplano de Rolivia tan lejos de su país, menos aún por qué aquel joven aviador hispanoamericano llegó muerto al campo de aviación de Bill Barnes, de quien una vez se mostró buen amigo.

Era un misterio siniestro y ominoso.

Bill Barnes había dado órdenes para que se avisara inmediatamente a la Policía del estado, y los agentes no tardaron en llegar. Mas, aparte de tomar todos los datos que les fue posible descubrir, en nada contribuyeron a esclarecer el misterio.

Con el mayor cuidado sacaron el cadáver del piloto, y sus documentos dieron a entender que se llamaba Emelio de la Fuente y que, en caso de accidente, debían de avisar a don Felipe de la Fuente, calle del Comercio, 14, República de Rolivia, América del Sur.

Bill Barnes en persona redactó el radiograma para avisar al padre.

Lamentaba mucho el pesar que causaría aquella noticia, porque guardaba agradable recuerdo del cortés y distinguido hispanoamericano. El aeroplano estaba bastante averiado, pero aun había posibilidad de reconstruirlo, tarea de la cual se encargó Scotty Mac Closkey.

-Os aseguro-exclamó Shorty Hassfurther-, que a pesar de todo, nos veremos envueltos en este asunto. Tengo el presentimiento....

-¡Vete a paseo con tus presentimientos! -le contestó Red Gleason-. Con el último que tuviste perdí doscientos dólares.

-¿Y cómo sabía yo que iba a perder el caballo? -replicó Shorty-, pero ahora te aseguro que lo ocurrido nos va meter en este asunto.

-No hay necesidad de que vengas a decírnoslo-contestó Cy Hawkins-. Por una parte tenemos a nuestro antiguo amigo Morgan Catesby, que quiere meternos en el fregado suramericano. Luego hay unos extraños cóndores que se dedican a volar edificios públicos en Valverde, y luego ese extranjero también viene de allí y cae muerto en nuestro campo. Todo eso tiene cara de meternos en algo nuevo. Al parecer no es posible que vivamos tranquilos.

La policía había terminado ya su tarea, llegó el coroner, tomó datos y por fin, aparecieron los periodistas, cuyos esfuerzos tuvieron por resultado recibir más noticias de la pequeña república de Rolivia, pues a consecuencia de la muerte del piloto roliviano, se hablaba detalladamente del estado político de aquella república.

En el campo de aviación de Bill Barnes pudieron leer a la mañana siguiente que don Felipe de la Fuente había sido presidente de la república de Rolivia, pero que fue depuesto y reemplazado por un tal Esteban de Murales.

Los periódicos daban a entender que este último era el hombre de confianza de un poderoso grupo bancario de Wall Street, que estaba interesado en los yacimientos de nitrato de la pequeña república. También hablaban los periódicos del misterioso bombardeo del Congreso de la capital de la república y hacía notar que antes de la explosión no se vió en el cielo más que un cóndor que flotaba en el aire, planeando, cosa bastante frecuente en aquella región andina.

Los periódicos publicaron también algunos mapas, mostrando los territorios de las repúblicas de Rolivia, Baria y Solania, tres diminutos estados andinos cuyas fronteras llegaban a grande altura en la cordillera, que es la espina dorsal del continente sudamericano.

Publicábanse también algunos artículos debidos a las plumas de los especialistas en asuntos suramericanos y se daba cuenta de la situación política, de la geografía y de la historia de aquella pequeña república. Y también se refería al pormenor el misterio, del bombardeo del palacio presidencial en Sierra Roja, la capital de Baria, es decir, que la atención pública de la república norteamericana se concentró en aquellos tres países, pequeños y relativamente desconocidos.

A hora avanzada de la tarde del siguiente día, Bill Barnes recibió un radiograma en español que expresaba el triste y cortés agradecimiento del padre del piloto muerto, y además rogaba que se enviara el cadáver a su país natal.

Gracias al interés concedido por los periódicos a aquella parte de América, sintióse algo semejante a la cólera en cierta oficina de Wall Street. Nada menos que el mismo Morgan Catesby leyó los titulares y manifestó su desaprobación ante aquellas pruebas, de interés público.

Su secretario había señalado con lápiz azul una o dos referencias, hacia las actividades de la South American. Developments Inc. Uno de los periódicos más liberales daba a entender que las actividades de esta corporación eran responsables de la mayor parte de las perturbaciones que afligían a aquellas pequeñas repúblicas hispanoamericanas.

La cólera y la preocupación de Morgan Catesby aumentaron más al recibir un radiograma aquella misma tarde. Su contenido le hizo fruncir el ceño y llamar a uno de sus subordinados, joven corpulento de cara rojiza y de aspecto muy importante, que tributó grandes muestras de respeto a su jefe.

-Oiga, Barry, acabo de recibir un radiograma de Morales, en Valverde. Mc dice que ese maldito Felipe de la Fuente sigue de nuevo el sendero de la guerra.

-Me figuré que ya habíamos acabado con ese viejo idiota--exclamó Barry

Crushing.

-Es evidente que no, pero conviene arreglar eso cuanto antes.

Morgan Catesby trazó unas líneas en el bloque de papel que tenía delante, cuyo significado era muy sencillo, pero en extremo grave, puesto que equivalía nada menor que a una sentencia de muerte contra el honrado hispanoamericano don Felipe de la Fuente.

-¿Y qué hay de ese individuo que fue hallado muerto en el campo de aviación de Bill Barnes? ¿Qué hay en el fondo de todo eso?

-Precisamente iba a hablar del particular--contestó impaciente Morgan Catesby-. Al enterarme de ello estaba ya seguro, pero este radio acaba de confirmarlo. El caso es Barry, que los intrigantes de Valverde, capitaneados por el viejo, enviaron a ese joven Emelio para pedir el auxilio de Bill Barnes.

-En otras palabras, que de nuevo habremos de luchar contra ese individuo.

-Si puedo detenerlo no habrá necesidad--contestó Morgan Catesby con rostro amenazador, mientras tamboreaba con los dedos en su mesa escritorio-. Esos idiotas de Valverde harán todo lo posible para conseguir los servicios de Barnes. Es preciso vigilar a ese individuo, Barry.

-Tendré un espía en el campo de aviación para averiguar lo que pasa--contestó el interpelado.

-Ya lo intentamos una vez sin resultado--replicó Morgan Catesby.

-Lo sé, pero ahora trabajaremos de otro modo. Tengo a mi disposición la persona más indicada. Esta vez será una mujer.

¿-Quién es ella?--preguntó Catesby, receloso.

-En primer lugar una actriz consumada y luego no tiene conciencia. Además, también es suramericana, de la Argentina. Podría pasar por hermana del joven de la Fuente.

-¿Sabe usted si el viejo tiene una hija?-preguntó Morgan.

-Me parece que sí.

-Bueno, pues adelante. No es mala idea, Barry.

Así quedó decidido. Luego Morgan Catesby se dirigió al teléfono y llamó a un tal <Mico> Morton, que no tenía ninguna amistad hacia Bill Barnes, y Morton se alegró muchísimo de poder hacer algo contra su antiguo enemigo.

Mico Morton, que era la deshonra de los aviadores y que no podía soportar la idea de que Bill Barnes hubiese alcanzado tantos premios y distinciones, se encaminó al despacho de Catesby y llegó cosa de media hora más tarde.

Era un individuo de aspecto repulsivo, de brazos largos como los de los cuadrumanos, la cabeza casi cilíndrica, las cejas salientes y la mandíbula inferior de extraña conformación. Todas estas características fueron causa de que le apodaran «Mico».

Mientras tanto, en el campo de aviación de Bill Barnes, éste no sospechaba ni remotamente la conspiración que se fraguaba contra él.

El misterio del piloto muerto continuaba ocupando todas las ideas de Bill Barnes y de sus hombres. Mas por mucho que se esforzaron, les fue imposible hallar la solución de la extraña muerte del joven aviador. Ni siquiera conocían la razón de su llegada.

Cosa de cuarenta y ocho horas más tarde, otro aeroplano desconocido describió un círculo por encima del campo, al oscurecer, y señaló que se disponía a aterrizar.

Aquel aparato les pareció conocido y los vigilantes no tardaron en darse cuenta de que pertenecía al mismo tipo que tripulaba el joven hispanoamericano que llegó muerto. Y en cuanto aterrizó el aparato vieron que llevaba la misma insignia perteneciente a la república de Bolivia.

Pero esta vez el piloto no había muerto. AL salir de la carlinga y poner c pie en el suelo, todos los que rodeaban el aparato tuvieron un verdadero sobresalto, pues, de momento, sintieron la impresión de que el muerto había resucitado, pero en breve se dieron cuenta de que el recién llegado era de menor corpulencia y más joven, aunque su parecido con el otro resultaba extraordinario.

Y esta circunstancia quedó explicada inmediatamente en cuanto el recién llegado se presentó con el nombre de Ricardo de la Fuente, hermano del aviador muerto.

Mientras cuidaban de su aparato, Bill Barnes llevó al joven piloto a su despacho. El recién llegado estaba en extremo fatigado a consecuencia del largo viaje y en sus ojos se advertía cierta expresión de temor.

-Me ha sido muy difícil escapar-dijo-. Además dispararon contra mí y aún me siguieron.

-Está usted, sin duda, derrengado. ¿Quiere comer o beber algo y descansar un rato?

-Es imposible-contestó el joven piloto, que parecía muy nervioso-. Mi hermano, que fue asesinado, vino a traerle a usted un mensaje, vino a solicitar su ayuda, aunque ello le costó la

vida. Y ahora, señor Barnes, he venido en su lugar para preguntarle si quiere ayudar a mi desgraciado país.

Mientras seguía hablando, muy excitado, Bill Barnes lo escuchaba gravemente, porque el joven, apenas salido de la niñez, le refirió una terrible historia. Las indicaciones publicadas por los periódicos se basaban en hechos indiscutibles, que el joven explicó con más detalles y de los cuales resultaba que su país era víctima de una terrible explotación por parte de una cuadrilla de bandoleros de Wall Street.

Todo se debía a los nitratos. Don Felipe de la Fuente, durante su mandato de presidente, trató de conservar para su país los productos de los yacimientos de nitratos. Rehusó toda suerte de sobornos que podían haberle convertido en hombre riquísimo e insistió en conservar para la nación la propiedad de aquellas riquezas, gracias a lo cual podría seguir construyendo escuelas y caminos y contribuir a la felicidad del pueblo.

La recompensa de su honradez fue la entrada de unos hombres desconocidos en el país, que se dedicaron a comprar los políticos venales y luego, con su oro, organizaron una revolución de traidores que depusieron al altruista don Felipe, elevando a su alto cargo a un presidente, Esteban de Morales, que no era, ni más ni menos, que un muñeco en las manos de los banqueros y que gobernaba por medio de un individuo llamado Toribio Fierro.

Este, que era ministro de la guerra, explotaba desvergonzadamente el país, llenaba las cárceles de los patriotas que protestaban de tal estado de cosas.

Tan mala llegó a ser la situación que, por fin, don Felipe de la Fuente, a ruegos de su hijo, intentó buscar auxilio fuera del país. La fama de Bill Barnes había llegado a la pequeña república y así los patriotas se volvieron esperanzados hacia el hombre que no solamente era en extremo considerado por su habilidad como aviador, sino también por su valor y su honradez.

Poco tenía que ofrecer, a excepción de la esperanza de una recompensa eventual cuando recobrará el poder, pero el joven Emelio de la Fuente, al ser portador de esta oferta, halló la muerte casi en el mismo campo de aterrizaje.

Mientras tanto, en Valverde corría la noticia del mal destino alcanzado por el joven y veinticuatro horas después los soldados fueron a prender a su padre, don Felipe, y lo metieron en la cárcel.

-No hay tiempo que perder-dijo el joven hispanoamericano en tono dramático, porque ya habían dictado pena de muerte contra don Felipe.

Este constituía la única esperanza del país, y el jefe adorado por todos los pobres ciudadanos de la república, había de ser fusilado al amanecer del sábado siguiente, o sea, tres días después.

El joven hispanoamericano examinó el rostro de Bill Barnes, tratando de adivinar sus sentimientos, pero no advirtió en él ninguna emoción y así el joven se desalentó.

-¿De modo que no quiere usted ayudarnos?-preguntó casi con un sollozo.

-Les ayudaré a ustedes con todos mis hombres, todos mis aparatos y todo mi dinero-contestó Bill Barnes.

CAPÍTULO III

LA SOMBRA

Tan inesperada respuesta hizo casi desorbitar los ojos del joven durante un segundo y luego se apresuró a manifestar su gratitud casi de un modo molesto, porque se arrojó al cuello de Bill Barnes, aunque desistió en el acto de esta expresión de afecto, en cuanto el joven americano tomó un bloque de papel y un lápiz para calcular rápidamente las distancias, las horas y las rutas.

-Al parecer habremos de luchar contra toda la fuerza que posee ese Morales-contestó el aviador.

-Sí, señor- contestó el suramericano-. Son muchos y están bien armados. Pero también hay una fuerza de revolucionarios en espera de un jefe, sin contar a los rancheros y a los indios que acudirán en nuestra ayuda. Sólo se trata, pues de vencer a los asesinos que están a las órdenes del Presidente.

-¿Y sabe usted algo de esos extraños bombardeos, de esos cóndores que de un modo tan misterioso dejan caer explosivos?

-Sólo Dios sabe lo que es eso-contestó el joven Ricardo de la Fuente-. Los indios dicen...

Pero se interrumpió en seco.

-¿Qué dicen los indios?

-Que eso es un efecto de la cólera de los antiguos dioses que cae sobre los conquistadores del país.

Bill Barnes, distraído mientras seguía calculando. Luego levantó la cabeza de pronto y preguntó:

-¿Cuál es la actitud de los indios con respecto a los blancos?

-Parecen estar un poco recelosos-contestó el joven-, aunque algunos de ellos son muy fieles y leales. Pero recuerdan las glorias de sus antepasados y de sus primeros jefes, los Incas. Y ahora empiezan a hablar de nuevo del Valle de las Alas de la Muerte.

-El Valle de las Alas de la Muerte-repitió Bill Barnes-. Eso suena de un modo muy desagradable. ¿Y qué es eso y dónde está?

-¡Quién lo sabe!-contestó el joven, encogiéndose de hombro-. Alguien asegura que se trata de un valle verdadero, y otros dicen que allí viven los antiguos Incas y que guardan su tesoro en espera del día en que reconquistarían el poder.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

